

Verdad e Identidad: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

Martín Gonzalo Zapico
Argentina

“La verdad se robustece con la investigación y la dilación; la falsedad, con el apresuramiento y la incertidumbre.”

- Tácito -

Con el ocaso de Dios occidente se deslizódeslizo hacia el otoño de las verdades. El Estado ya no es sinónimo de nación, y la nacionalidad se difuminabifumina junto con las fronteras. Los ancianos dejaron de ser símbolo de sabiduría para serlo de muerte. Madre y Padre no son más que términos, legalidades que no parecen existir por fuera de lo social, meros roles sin ningún tipo de peso ontológico o biológico. Se sentenció, sin intenciones aparentes de libertad condicional, a la vieja escuela hogar del conocimiento a una celda más en esta cárcel de portadores de discursos. Ni nación, ni familia, ni escuela (Vattimo y Vattimo, 1992).

Expulsaron del paraíso de la Verdad a las personas y se les dió la posibilidad de ser “libres”. Libertad de pensamiento y libertad de acción, aunque condicionadas por una nueva verdad, que se esconde y disfraza en la paradojaparajoda. “La Verdad no existe” parece haberse vuelto una verdad indiscutible (Gadamer, 2005) Lentamente y sin fundamento científico alguno, este concepto de “discurso” entendido como lenguaje que construye y delimita la realidad, siempre sujeto a cuestionamiento, se constituyó en un dogma: casi es mala palabra en las ciencias sociales hablar de objetividad o verdad.

Uno podría aducir que este cambio es positivo. Que en alguna medida no está lejos del sentido común que gran parte de la realidad se construye en el lenguaje y los discursos a veces son más poderosos que los hechos. El problema es que esta idea se queda corta cuando nos enfrentamos a una realidad del día a día: todos tenemos ideas previas, prejuicios, pensamientos a priori, que consideramos verdaderos y a partir de ellos nos desenvolvemos en el mundo (Allport, Malfé y Verón, 1968). El ser humano desde sus orígenes ha buscado la verdad empleándola, debatiéndola cuando no intuyéndola. No hay persona sobre esta tierra que no encare su quehacer cotidiano sin dar por sentado miles de cosas, porque sino la vida social no sería posible.

Esta contradicción entre un discurso dogmático sobre la imposibilidad de la verdad y la actitud del ser humano de miles de años no viene sin consecuencias: afecta directamente uno de los

elementos constitutivos de los sujetos, su identidad. ¿De qué manera? Simple, veámoslo con un ejemplo.

Hace treinta años (Sidicaro, 2005), a la hora de pensar la propia identidad, las personas tenían pilares sólidos sobre los cuales construirse. “Soy Argentino”, “soy Hombre”, “soy Esposo, Hijo, Padre”, “soy Cristiano”. A su vez tenía instituciones en las cuales confiar: en la escuela estaba el conocimiento, en el estado la seguridad, en la familia el apoyo social y en la iglesia las respuestas a las preguntas existenciales. Hoy día, todos los elementos mencionados han sufrido un proceso de pérdida de prestigio (Albornoz, 2007), y si bien perduran bajo ciertas formas, no son tan sólidos como antes.

Claro, ya no estar atado o condicionado como décadas atrás es una ventaja podrán decir muchos. Lo sería de no ser porque, solo por tomar un ejemplo, la primera encuesta sobre creencias en Argentina realizada por el CONICET reveló que más de un 90% de habitantes creen en Dios. Un 63% de familias argentinas responde al modelo de “familia no tradicional” pero sobre ese porcentaje más de un 80% afirma no estar conforme con dicha condición según una investigación reciente de la UCA. Hay un acuerdo casi total en la población tanto de docentes, padres como alumnos sobre el estado alarmante de la educación en el país (Zapico, 2017) y en gran parte se le atribuye a los mandatos de la nueva pedagogía y la escuela nueva, que no han hecho más que destruir las figuras de autoridad de los profesionales de la educación y bajar la exigencia.

Toda una corriente de pensamiento global, internacionalizante, importada, que no viene a dar respuesta a las necesidades de una identidad diezmada, fragmentada, dispersa. Conflictuada entre la verdad que fue, y los discursos que son pero no son nada. Me canso de leer y escuchar slogans tanto desde la política, la publicidad así como de formadores de opinión, que le dicen a la gente “pueden ser lo que quieran ser”. No porque no crea en la utopía, sino porque junto con esa frase suele venir una recomendación tendenciosa sobre qué pensar y que ser. Ser joven, ser exitoso, ser independiente, ser libre, ser aceptado, ser parte de algo más grande, ser famoso, ser blanco, ser bisexual, ser inmigrante, ser liberal o en su defecto conservador, ser infinidad de cosas pero nunca simplemente ser uno mismo. Basta de etiquetas. Yo me pregunto ¿en qué momento el ser dejó de bastarse a sí mismo? ¿cuando empezamos a buscar palabras para todo y, quizá sin querer, empezamos a encasillar a las personas?

¿Cómo hablar de desarmar la identidad, o incluso pensarla o siquiera construirla, si todos los conceptos son provisorios? ¿Cómo ser feliz, cuando las categorías de lo que se debe ser vienen como verdades prestadas? ¿Es cierto, como dicen muchas corrientes en sociología (Dubet y Zapata, 1989) y el psicoanálisis (Kolteniuk, 1989), que lo que podemos ser estará siempre determinado por el otro (sea la sociedad, u otro individuo)? ¿O será cierto, como postulan la neurología (Bates, Dale y Tal, 1995), la psicología (Mischel y Yoda, 1995) y la filosofía de base

epicureista , que el individuo crea su identidad a partir de su experiencia de vida y su forma personal de resignificarla?

Si estos temas están sujetos a debate, es que evidentemente no se ha podido llegar a una idea definitiva sobre el asunto. En este escrito propongo tener una perspectiva de corte pragmatista-empírico y tomar la acción desde el sentido común, la responsabilidad ciudadana y el respeto por los derechos, basándome en la idea del cuidado de uno mismo y de los otros (Foucault, 2005).

Antes de preguntarme por lo que soy, debo preguntarme por mis creencias, por mi manera de entender la realidad. Y para poder decir algo sobre lo que creo, debo detenerme un momento y rever el pasado, mirar el presente y dilucidar el futuro. Debo pensar por mi mismo. Es un deber ético que tengo para con la sociedad hacerlo. ¿Cómo hablar de que está bien o que está mal para mi si no soy capaz de saber que pienso y como llegué a pensarlo? No es cuestión de cambiar el paternalismo de la Verdad por el paternalismo del Discurso puesto que ambos implican lo mismo: desentenderse del juicio crítico, de detenersedeternse a analizar, de cuestionar lo instituido para llegar a una verdad personal.

Pensemos y enseñemos a pensar. Si todos nos esforzamos en conocernos a nosotros mismos y llegar a ser, no importa que, siempre que sea coherente con lo que sentimos y vivimos, vamos a poder explotar al máximo nuestras capacidades y potencialidades. Es momento de dejar de lado las etiquetas y volver a confiar en la experiencia. Es hora de tomar la palabra sin miedo a la corrección política. Es hora de educar en pensar y no solo a las futuras generaciones, sino a las actuales y las pasadas también.

Cuando uno tiene la posibilidad de pensar por sísi mismo, no importa que, tiene la posibilidad de distinguir entre opciones, de elegir de acuerdo a sus objetivos, de no dejarse llevar. En un mundo de desinformación y confusión, donde somos constantemente bombardeados por mensajes de todo tipo y en cualquier momento podemos perdernos a nosotros mismos, decir “Yo Soy” es, como poco, un acto revolucionario.

Referencias

- Albornoz, M. (2007). Argentina: modernidad y rupturas. J. Sebastián (comp.): Claves del desarrollo científico y tecnológico de América Latina, Madrid, Fundación Carolina-Siglo XXI Editores.
- Allport, G. W., Malfé, R., & Verón, E. (1968). La naturaleza del prejuicio (Vol. 5). Eudeba.
- Bates, E., Dale, P. S., & Thal, D. (1995). Individual differences and their implications for theories of language development. The handbook of child language, 96-151.
- Dubet, F., & Zapata, F. (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. Estudios sociológicos, 7(21), 519-545.
- Foucault, M. (2005). La hermenéutica del sujeto/The Hermeneutics of the Subject: Cursos Del College De France, 1981-1982/Lectures at the College De France, 1981-1982 (Vol. 237). Ediciones Akal.
- Gadamer, H. G. (2005). Verdad y método. Salamanca: Sígueme.
- Kolteniuik, M. (1989). La matriz epistemológica de la teoría psicoanalítica. Cuadernos de Psicoanálisis XXII, 1.
- Mischel, W., & Shoda, Y. (1995). A cognitive-affective system theory of personality: reconceptualizing situations, dispositions, dynamics, and invariance in personality structure. Psychological review, 102(2), 246.
- Sidicaro, R. (2005). Consideraciones sociológicas sobre la Argentina en la Segunda Modernidad. Estudios sociales, 24(1), 127-152.
- Vattimo, G., & Vattimo, G. (1992). El fin de la modernidad: Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna. Planeta-De Agostini,.
- Zapico, M. (2017). Sobre la necesidad de la enseñanza directa del vocabulario en los niveles primario y secundario del sistema educativo. Revista Ensayos Pedagógicos. Vol XII (1) (Aceptado y en Prensa)